

CAPÍTULO IV.

«*In nomine Domini Jesu-Christi.* Muy altos, muy cristianos, muy excelentes
»y muy poderosos príncipes, rey y reina de España y de las islas del mar, nuestro
»señor y nuestra soberana, este presente año 1492, despues que Vuestras Altezas
»hubieron terminado la guerra contra los Moros que dominaban en Europa, y
»hubieron terminado esta guerra, en la muy grande ciudad de Granada... donde
»ví enarbolar, por la fuerza de las armas, las banderas reales de Vuestras Altezas
»sobre las torres de la Alhambra, y donde ví al rey moro entregarse en las puertas
»de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas... al punto, en el pre-
»sente mes, y con arreglo á los informes que yo había dado á Vuestras Altezas, de
»las tierras de la India... Pensaron, en su cualidad de católicos cristianos y de
»príncipes amigos y propagadores de la santa fé cristiana, enviarme á mi, Cristóbal
»Colon, á dichas regiones de la India, para ver los príncipes y los pueblos y los
»países á su disposicion, y el estado de todas cosas, y la manera que podría
»disponerse su conversion á nuestra santa fé. Me ordenaron que no fuera por
»tierra al Oriente... sino que, al contrario, tomara el camino de Occidente, por
»el cual no sabemos, hasta hoy, de una manera positiva, que nadie haya pasado
»jamás. En su consecuencia, me mandaron Vuestras Altezas que partiera con
»una escuadra suficiente para las dichas regiones, y entónces me otorgaron gran-
»des mercedes y me ennoblecieron, á fin de que en adelante me llamara *Don*, y
»fuera gran Almirante del mar Océano, y virey y gobernador perpétuo de todas
»las islas y tierras cuyos descubrimiento y conquista yo hiciera, en el dicho mar
»Océano, y decretaron que mi hijo mayor me sucediera, y que se hiciera así
»mismo de generacion en generacion, para siempre jamás.... Vine pues á la villa
»de Palos, que es un puerto de mar, donde armé tres naves *muy oportunas para*
»*semejante empresa*, y partí del dicho puerto, *muy bien provisto de muchos vive-*
»*res y de muchos marineros.*» etc.

Así comenzaban las preciosas Memorias de Colon, que, su amigo el digno

pero poco ilustrado Las Casas, abrevió desgraciadamente, y de las que no nos transmitió textualmente más que algunas partes, el comienzo entre otras. Este último trozo es tanto más precioso, en cuanto dá más ingenuamente la medida de la prudencia de su autor, en el detalle recordado con insistencia de las ventajas y privilegios que acaban de otorgársele. Justifica además esta misma prudencia, acerca de un punto en que algunos escritores bien intencionados por otra parte, han creído verla ceder á las inspiraciones de la más ciega temeridad.

Efectivamente, la mayor parte de los historiadores han creído aumentar la gloria de Cristóbal Colon exagerando el poco tonelaje y el estado ruinoso de las naves en las que emprendió su primer viaje de descubrimiento. La mejor conocida hoy acerca de este punto como de otros muchos, es que, en aquella ocasion tan importante, no hizo nada que desaprobara la prudencia, dados el objeto y las circunstancias. Un almirante sería actualmente tan insensato y hasta culpable si emprendiera una expedición tan dudosa en las condiciones bajo las que emprendió Colon la suya, como pusilánime habría sido un marino del siglo décimo quinto, si hubiese exigido otras más seguras.

La Santa María que montaba Colon, y que él hubiera preferido ménos fuerte, era de un puente en toda su extensión, con doble puente en la popa y en la proa. Llevaba cuatro palos: dos de velas cuadradas, dos de velas latinas, y media noventa piés de largo de quilla. Su tripulación se componía de sesenta y seis hombres, cuyos más importantes eran: Diego de Arana, sobrino de la mujer del Almirante, con empleo de Alguacil mayor de la escuadra, y otros cuatro funcionarios reales, uno de los cuales, Bernardino de Tapia, no es el primer historiógrafo que no haya conseguido nunca hacer un historiador.

Venían después dos lugartenientes: Niño, excelente marino y de los más resueltos, Juan Pérez Mateos, mala cabeza y mal corazón, Roldan que no era mejor y debía hacer traición al Almirante; varios oficiales de diversa graduación, entre los cuales había Juan de la Cosa, célebre más adelante por sus trabajos de hidrografía: un intérprete que hablaba todas las lenguas, excepto, por supuesto, las que debió interpretar, y finalmente dos entusiastas amigos de Colon, que servían en calidad de voluntarios, ó, como se diría ahora, de aficionados.

Varios de estos hombres eran genoveses, dos portugueses, uno irlandés, uno inglés; ninguno era de Palos, ora por que Colon se hubiese acordado prudentemente de la resistencia que á última hora encontró entre los marinos de aquella población, ora porque hubiesen preferido servir bajo las órdenes de los Pinzon, compatriotas suyos.

La Pinta y *la Niña* no tenían puente sino en la popa y la proa, como la mayor parte de las carabelas. El mayor de los hermanos Pinzon mandaba la primera y tenía por teniente á su hermano Francisco Martin, y por médico al mismo

García Hernández, amigo de Pérez de Marchena, y uno de los primeros, como de los más fervientes adeptos de Colon. La tripulación de la *Pinta* era de treinta hombres.

La de *la Niña* contaba sólo veinte y cuatro, pero según el testimonio del mismo Colon, hubiera podido llevar cuatro veces más y los hechos lo probaron. *La Niña* iba mandada por Vicente Yáñez Pinzon. Como *la Pinta*, no tenía sino velas latinas, que más adelante se cambiaron por otras cuadradas.

Todas estas naves iban armadas de guerra, según sus fuerzas respectivas, y provistas de los mejores víveres por un año. Su armamento era tal que el Almirante, como ya lo hemos visto, las juzgaba «muy oportunas para semejante empresa.» Sólo una, á última hora, le había inspirado inquietudes que se justificaron desde el tercero día de la navegación.

En efecto, el 6 de agosto, y cuando estaban ya á más de sesenta leguas de Palos, el timón de *la Pinta*, se encontró dislocado por una fuerte ola, y mejor dicho aún, por culpa de los armadores de este buque: esperaban, por este accidente dispuesto de antemano, verse dispensados de continuar una expedición que, después de haberles halagado, no les inspiraba ya sino temores.

Esta avería, cuya causa sospechó exactamente el almirante, no tuvo más efecto que hacerle arribar á Canarias, á donde aportó muy pronto, siguiendo una estima diametralmente opuesta á la de los mejores marinos de la escuadra.

Esta primera prenda de superioridad, tan útil para fijar su ascendiente, no balanceaba no obstante el inconveniente de una escala, que debía durar cerca de un mes, y le exponía á los más graves peligros. Dió tiempo al rey de Portugal, para enviar tres carabelas, con el encargo de dificultar á toda costa, y, en caso necesario, por la violencia, una empresa cuya honra, como ya lo hemos referido más arriba, le había Colon ofrecido y rehusado sucesivamente.

Esta nueva traición de un rey á quien había sabido juzgar muy bien, fué revelada á Colon por una de aquellas coyunturas, tan frecuentes en su carrera, y en las que no cesó de reconocer un signo manifiesto de la protección del cielo.

La Pinta estaba reparada, y provista abundantemente la escuadra de víveres frescos, había aparejado, á pesar de la flojedad é incertitud del viento, cuando, á la altura de la isla de Hierro, el capitán de un buque procedente de aquella isla hizo saber al almirante los peligros que le amenazaban, peligros tanto mayores cuanto que una calma chicha le retenía cerca del enemigo. Nuestros apreciables lectores han visto que Cristóbal Colon no era hombre que temiera un combate, pero, como todos los verdaderos grandes hombres, no amaba el peligro por el mismo peligro; además, decía para sí, que en semejante ocurrencia, la victoria, aún la más gloriosa, le habría causado averías capaces de aplazar indefinidamente la prosecución de su empresa. Era preciso, pues, evitar á toda costa un

combate, en premio del cual su propia tripulación habría quizás comprado con alegría una aventura á la que parecían tan opuestos los elementos como los hombres.

Á este mar estancado y como ya cansado de llevarles, á ese viento que se negaba á hinchar sus velas, se hacía la amenaza ó cuando ménos el presagio poco favorable del pico de Tenerife que vomitaba columnas de llamas y negros torbellinos de humo.

Para calmar el espanto que causaba un espectáculo tan nuevo, citaba Colon el Etna y el Vesubio, cuyas inofensivas erupciones habian podido ver algunos de sus hombres. Á la calma que parecía amenazarles con entregarles al enemigo, respondía él con su confianza acostumbrada en Aquél que hace soplar el viento de donde quiere, y, efectivamente, á la manera que en la salida de Palos, se levantó el viento del noreste con la aurora del segundo día, y muy pronto hubo llevado las tres carabelas fuera de los alcances del volcan y de la vista de las islas.

En cuanto á los piratas del rey de Portugal, sabía Colon por experiencia que no se atreverían á perseguirle en la dirección á donde él se lanzaba. Entre ellos y él blanqueaban ya los primeros espacios de aquellos mares desconocidos, inmensos, objeto de los terrores de toda la humanidad, excepto un hombre; aquellos espacios últimos extremos donde se habian detenido los más altivos valores, y donde el suyo no había visto jamás, ni veía aún al atravesarlos, otra cosa más que un punto de partida.

Allí, efectivamente, comenzaba en realidad el viaje de descubrimientos; allí se abría aquel libro sin fin donde la imaginación del hombre había figurado su sed y su horror de lo desconocido, en un confuso monton de imágenes terribles ó risueñas, sublimes ó grotescas, según el espíritu de cada raza y de cada generación.

En esas imágenes se reconocía la Grecia por algunas líneas puras, impregnadas, aunque ya medio borradas, de su genio dulce y varonil; el Oriente de los califas desenvolvía en ellas la sabia confusión de sus arabescos, de sus dogmas y de sus cuentos; la India y el antiguo Egipto, sus procesiones de dioses leonados, de peces-dioses, de flores-diosas flotando sobre mares de leche ó de púrpura, y de donde salen esfinges de pérfido sonrisa y de mirada dulce; finalmente, la Edad Media con su dedo mojado en tinta y sangre, había garabateado en ellas legiones de espectros y diablos, y hecho del todo ese embadurnamiento tan bien dibujado en los mapas de la época con el nombre de MAR TENEBROSO.

En este mar, iluminado apenas por una luz crepuscular, que se hacía de cada vez más y más débil hacia el occidente, bogaban, nadaban, serpenteaban, hormigueaban revueltos todos los monstruos hijos del miedo. El inmenso nautilo de velas membranosas, y que de un solo golpe de sus remos animados habría hecho

zozobrar *la Santa Maria*: la serpiente marina de cresta de gallo que medía hasta cincuenta leguas de largo; las sirenas de Homero sin cesar perseguidas por el cruel fraile marino, en el cual aún creía Nolo en el año de gracia de 1826; finalmente el terrible obispo de mar cubierta la cabeza con su mitra fosforescente. Harpías, quimeras aladas pasaban rozando por aquel mar inmóvil, escogiendo una presa entre rebaños de tigres, leones, elefantes marinos, hipocampos, pasando vastas praderas de yerbas acuáticas, de las que nunca pudo desprenderse ningún buque.

Pero todo esto no era nada: con habilidad, valor y mucha fortuna, podíase en rigor librarse de todo; pero ¿hubiérase de la misma manera podido librarse del famoso unicornio marino, que, con su lanza contorneada en espiral, podía atravesar á la vez las tres carabelas, quedando todavía por arrostrar enemigos y obstáculos fuera de toda proporción con las fuerzas humanas?

Del centro de ese océano caótico salía una mano colosal, vellosa, provista de garras, la mano de Satanás, LA MANO NEGRA, y de esto no podía haber ninguna duda: dicha mano estaba figurada en todos los mapas de la época.

Del fondo del abismo se levantaba también, pero á intervalos regulares, la espalda montañosa del Kraken, semejante á una isla naciente, á una isla que unos decían ser tan grande dos veces, los otros tres como la Sicilia. Aquel inmenso pólipo, cada chupador del cual, y tenía tantos como la jibia, habría detenido *la Pinta* navegando viento en popa, acostumbraba salir también cada día. De sus agujeros del oído brotaban dos bombas marinas seis veces más altas que la Giralda de Sevilla. Vomitada dicha agua, aspiraba igual cantidad de aire, lo que producía unos torbellinos en los que *la Niña* habría dado vueltas como un trompo. Finalmente, terminado todo esto, el pobre kraken habría querido recrearse un poco en la superficie del mar, pero una mano de hierro, LA MANO NEGRA, lo rechazaba al abismo, y del doble movimiento de ese viviente pulmón del globo provenía el fenómeno de las mareas.

El Kraken no era malo; pero no podía negarse que sus enormes dimensiones no le hicieran á lo ménos muy incómodo para tres barquichuelos como los que montaban Colon y sus tripulaciones. En su defecto, por otra parte, si ya LA MANO NEGRA, la mano de Satanás no se atreviera á arrojarse sobre una escuadra que tenía por estandarte el Salvador crucificado, por patrona la Santísima Virgen, y por colores los de Isabel la Católica, ¿cómo poderse escapar de aquellas águilas de dos cabezas, á las que cien años después daba todavía la ciencia unas alas de tan enorme cruzámen? ¿Cómo huir sobre todo del formidable pájaro rock, que un viajero árabe había visto llevándose en sus garras un buque tripulado por ciento cincuenta hombres?

Este hombre no era un cualquiera: célebre en todo el Oriente, bajo el nombre